¡Cristo te ha redimido de toda maldición! // Daniel Del Vecchio

La bendición y la maldición de la ley: cómo Cristo nos redimió y nos hizo herederos de las promesas de Dios

Introducción: Conocer la bendición y la maldición de la ley

Deuteronomio 28 es uno de los capítulos fundamentales para comprender la bendición y la maldición de la ley. En él encontramos las promesas que Dios estableció para su pueblo como consecuencia de la obediencia, así como las consecuencias que acompañaban a la desobediencia. Conocer su contenido permite entender la importancia de vivir conforme a la voluntad de Dios y, sobre todo, comprender lo que Jesucristo hizo para librarnos de la maldición y hacernos partícipes de sus bendiciones.

Esta enseñanza puede compararse con la lectura de un testamento. Cuando una persona recibe un documento en el que se distribuyen diferentes bienes y cantidades de dinero, siente curiosidad por conocer lo que se ha dispuesto para ella. De la misma manera, como creyentes necesitamos conocer lo que Dios ha establecido en su Palabra y descubrir la herencia espiritual que tenemos en Cristo.

No debemos concentrarnos únicamente en las consecuencias de la desobediencia, sino comprender especialmente la bendición que Dios ha preparado para quienes le pertenecen. Su propósito es que conozcamos nuestras promesas, nuestra posición espiritual y los beneficios de la obra redentora de Jesucristo.

La bendición de la obediencia según Deuteronomio 28

Deuteronomio 28 comienza presentando las bendiciones que alcanzarían al pueblo de Israel si escuchaba diligentemente la voz del Señor y cumplía todos sus mandamientos. Dios prometió poner a su pueblo por encima de las demás naciones de la tierra, estableciendo una condición de privilegio y bendición.

La bendición alcanzaría todos los ámbitos de la vida. Estaría presente tanto en la ciudad como en el campo, en el fruto del vientre, en los productos de la tierra y en el ganado. También alcanzaría la canasta y la artesa, así como las actividades cotidianas, los momentos de entrada y los momentos de salida.

Dios prometió proteger a su pueblo frente a sus enemigos. Aunque estos se levantaran contra él por un camino, huirían por siete caminos. Asimismo, bendeciría sus graneros y todas las obras realizadas por sus manos en la tierra que les había entregado.

Otra de las promesas importantes era que Israel sería establecido como una nación santa, siempre que guardara los mandamientos del Señor y caminara en sus caminos. Su identidad como pueblo de Dios sería reconocida por las demás naciones, que verían sobre él el nombre del Señor.

La abundancia también formaba parte de estas promesas. Dios bendeciría los bienes, la descendencia, el ganado y los frutos de la tierra que había prometido a sus padres. Abriría los cielos como un buen tesoro para enviar lluvia en el tiempo

oportuno y bendeciría el trabajo de sus manos.

La obediencia también tendría consecuencias en el ámbito económico y social. El pueblo prestaría a muchas naciones sin tener necesidad de pedir prestado, estaría a la cabeza y no a la cola, y permanecería por encima y no debajo.

Sin embargo, estas bendiciones estaban vinculadas a una condición fundamental: escuchar cuidadosamente la voz de Dios, guardar sus mandamientos y no desviarse de ellos para servir a otros dioses.

Las consecuencias de la desobediencia y las maldiciones generacionales

La historia del pueblo de Israel muestra que, en numerosas ocasiones, desobedeció la voz de Dios y cayó en la idolatría. En lugar de permanecer fiel al Señor, siguió a otros dioses y adoptó las costumbres de las naciones que lo rodeaban.

Esta realidad también permite comprender la condición espiritual de toda la humanidad. La Biblia enseña que todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. No existe una persona que pueda presentarse delante del Señor alegando su propia justicia o sus méritos personales.

El ser humano, por su naturaleza pecaminosa, ha quebrantado los mandamientos divinos. La mentira, el engaño, la codicia y la falta de amor hacia Dios y hacia el prójimo evidencian esta condición. Por eso, la humanidad necesita un Salvador que pueda librarla de las consecuencias del pecado.

Jesucristo es la respuesta de Dios a esta necesidad. Por medio de su sacrificio, abrió el camino para que las personas fueran liberadas de la maldición y recibieran una nueva esperanza.

La enseñanza también destaca que algunas familias experimentan situaciones adversas que parecen repetirse de generación en generación. Accidentes, enfermedades, muertes y otras desgracias persistentes pueden generar la sensación de vivir bajo una nube de problemas.

En este contexto se hace referencia a las consecuencias de la idolatría, que, según la enseñanza bíblica mencionada, pueden alcanzar hasta la tercera y cuarta generación de quienes siguen a otros dioses. La presencia de prácticas idolátricas y vínculos con imágenes, estampas, medallas u otros objetos de devoción se presenta como una cuestión que debe examinarse a la luz de la Palabra de Dios.

La libertad comienza con el conocimiento de la verdad. Jesús enseñó que conocer la verdad permite experimentar la verdadera libertad, por lo que resulta fundamental comprender lo que Cristo ha hecho y cuál es la posición del creyente delante de Dios.

Las maldiciones de la ley y sus consecuencias

Los mandamientos de Dios son buenos, pero el problema está en la incapacidad humana para cumplirlos perfectamente. Nadie ha conseguido amar a Dios con todas sus fuerzas, con toda su mente y con todo su corazón, ni amar al prójimo como a sí mismo de manera perfecta.

La codicia, el adulterio, el falso testimonio y la mentira son ejemplos de mandamientos que el ser humano ha quebrantado. Por esta razón, la humanidad necesita la redención que solamente puede encontrar en Jesucristo.

Deuteronomio 28 describe las consecuencias de la desobediencia en diferentes ámbitos de la existencia. Las maldiciones alcanzarían la ciudad, el campo, las posesiones, el fruto del

vientre y los productos de la tierra. También se mencionan la confusión, la destrucción y diferentes enfermedades y aflicciones físicas.

Entre las consecuencias descritas aparecen la peste, la fiebre, las inflamaciones, los tumores, las enfermedades de la piel, la locura, la ceguera y la turbación del corazón. También se presenta una situación de opresión, falta de prosperidad y ausencia de seguridad.

Estas descripciones muestran la gravedad de vivir alejado de Dios y bajo las consecuencias del pecado. Sin embargo, es importante comprender que la presencia de una enfermedad no significa necesariamente que la persona afectada haya cometido un pecado específico que la haya provocado.

La desobediencia también tiene consecuencias económicas y sociales. La persona que debía estar a la cabeza termina estando a la cola, mientras que otros se elevan sobre ella. La dependencia económica, las deudas y la escasez aparecen como parte de las consecuencias descritas en este capítulo.

Deuteronomio 28 también advierte sobre el peligro de no servir al Señor con alegría y gozo durante los tiempos de abundancia. Como consecuencia, el pueblo terminaría sirviendo a sus enemigos en condiciones de hambre, sed, desnudez y escasez, bajo un yugo de hierro.

La vida bajo la maldición se describe como una existencia marcada por el temor constante, la inseguridad y la angustia, en la que la persona vive pendiente de lo que pueda suceder.

¿Por qué ocurren las desgracias? El poder del enemigo

La enseñanza relaciona el quebrantamiento de la ley con la exposición del ser humano a las fuerzas del enemigo. Esto no significa que Dios sea un ser destructivo que desee el

sufrimiento de las personas, sino que la desobediencia tiene consecuencias espirituales.

Cuando el ser humano se aparta de los mandamientos de Dios, queda fuera de la condición de bendición establecida por Él y se expone a la influencia del mal.

Desde esta perspectiva, Satanás busca aprovechar la condición de pecado para esclavizar, oprimir, herir, destruir y robar la salud y la felicidad de las personas. La enseñanza atribuye al enemigo una actividad que busca mantener a la humanidad alejada de Dios y de sus promesas.

Sin embargo, Dios no desea que las personas perezcan ni que vivan bajo el sufrimiento. Su voluntad es que se arrepientan y vuelvan a Él.

Por eso, es fundamental que los creyentes comprendan su posición en Jesucristo. No están llamados a vivir bajo el temor ni a aceptar como definitiva una condición de derrota. En Cristo tienen acceso a las promesas de Dios y pueden permanecer firmes frente a las influencias del enemigo.

Cristo nos libró del dominio de las tinieblas

Colosenses 1:13 declara que Dios nos ha librado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado.

Esta afirmación es fundamental para comprender la obra de Jesucristo. Cristo se interpuso entre la humanidad y la maldición, entregando su cuerpo, su alma y su vida para cargar con el castigo que correspondía al pecado humano.

El dominio de las tinieblas representa la autoridad del reino de Satanás y la influencia del mal sobre la humanidad. La liberación realizada por Cristo significa que quienes pertenecen a Él ya no tienen que permanecer bajo ese dominio.

La enseñanza destaca que el término utilizado para referirse al dominio implica una autoridad o un derecho legal. Por eso, comprender lo que Cristo hizo resulta esencial para reconocer que el creyente ha sido trasladado a una nueva realidad espiritual.

Esta liberación debe ser conocida, aceptada y recibida personalmente. No basta con escuchar que Cristo murió por la humanidad; cada persona necesita recibirlo como Señor y Salvador, arrepentirse de sus pecados y decidir abandonar el reino de las tinieblas.

El arrepentimiento constituye una parte esencial de este proceso. Juan el Bautista predicaba la necesidad de arrepentirse, preparando el camino para el reino de Dios.

Cada persona debe decidir a quién quiere servir. El dinero, el placer, el alcohol, las drogas y el sexo pueden convertirse en señores que dominan la vida cuando ocupan el lugar que corresponde a Dios. Frente a ellos está Jesucristo, el Hijo de Dios, Rey de reyes y Señor de señores.

La salvación implica reconocer su autoridad y decidir caminar bajo su señorío.

Redimidos de la maldición de la ley por medio de Jesucristo

Gálatas 3:13 presenta una de las verdades más importantes de la obra de Cristo: Él nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros.

La palabra redimir está relacionada con la idea de comprar algo mediante el pago de un precio. En el contexto de la salvación, significa que Cristo pagó el precio necesario para liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado.

Esta redención no se realizó con oro ni plata, ni mediante

elementos perecederos. El precio fue la propia sangre de Jesucristo.

La maldición de la ley representa las consecuencias del pecado y la separación de Dios. En la enseñanza se relaciona con la miseria, la pobreza, las enfermedades, los problemas económicos, la esclavitud y la derrota.

Cristo, siendo inocente, tomó sobre sí la maldición que correspondía a la humanidad. En la cruz cargó con el castigo, la culpa y el dolor del pecado, ofreciendo su vida para que las personas pudieran ser reconciliadas con Dios.

La separación de Dios es una de las consecuencias más profundas del pecado. Dios es la fuente de la vida, la luz, el amor y la verdadera plenitud. Cuando el ser humano vive apartado de Él, camina en tinieblas y se encuentra separado de aquello que da sentido a su existencia.

La Biblia enseña que son los pecados los que separan al ser humano de Dios. No se trata de que el Señor no pueda escuchar o actuar, sino de que el pecado constituye una barrera en la relación entre Dios y las personas.

En la cruz, Jesucristo tomó sobre sí esa separación y experimentó el abandono expresado en sus palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Su sacrificio permitió que la humanidad tuviera una oportunidad de reconciliación y vida eterna.

Por medio de su muerte, Cristo abrió un camino para que todos aquellos que creen en Él puedan volver a la presencia de Dios.

La bendición de Abraham alcanza a todos por la fe

La redención realizada por Jesucristo tenía un propósito que iba más allá de liberar a la humanidad de la maldición.

Gálatas 3 enseña que, por medio de Cristo Jesús, la bendición de Abraham puede alcanzar también a los gentiles y que la promesa del Espíritu se recibe mediante la fe.

En Génesis 12 encontramos el llamado que Dios hizo a Abraham. El Señor le pidió que saliera de su tierra y de su parentela, prometiéndole convertirlo en una gran nación, engrandecer su nombre y bendecir a todas las familias de la tierra por medio de él.

Esta promesa no quedó limitada únicamente al pueblo judío. Por medio de Jesucristo, también los gentiles, es decir, quienes no pertenecen al pueblo judío, pueden recibir la promesa del Espíritu Santo mediante la fe.

La justificación por la fe no consiste simplemente en aceptar intelectualmente que Dios existe. La enseñanza bíblica recuerda que incluso los demonios creen en su existencia y tiemblan delante de Él.

La verdadera fe implica depositar toda la confianza y el alma en Jesucristo. Significa reconocerlo como el único Salvador y mediador entre Dios y los hombres.

Cuando una persona es justificada por la fe, recibe el perdón, la reconciliación y la justicia de Cristo. De esta manera, se convierte en heredera de las promesas hechas a Abraham y deja de estar bajo la condenación de la ley.

La bendición de Abraham llega a todos aquellos que ponen su confianza en Jesucristo y reciben por fe la promesa de Dios.

El documento de deuda fue cancelado en la cruz

Colosenses 2:14 enseña que el documento de deuda que existía contra nosotros, con sus decretos adversos, fue cancelado y quitado de en medio al ser clavado en la cruz.

Esta imagen permite comprender la profundidad de la obra redentora de Cristo. La ley era buena, pero el ser humano la había quebrantado y, por tanto, existía una deuda que no podía cancelar mediante sus propios méritos.

Jesucristo tomó esa deuda sobre sí mismo y la llevó a la cruz. Allí quedó anulada la acusación que pesaba contra la humanidad.

Además, Colosenses 2:15 enseña que Cristo despojó a los poderes y autoridades espirituales, exponiéndolos públicamente y triunfando sobre ellos por medio de la cruz.

Lo que parecía ser una derrota de Jesús ante sus perseguidores se convirtió en la mayor victoria espiritual. Mientras Satanás intentaba humillarlo mediante la tortura, las burlas y el escarnio, Dios estaba realizando una obra de redención que despojaba al enemigo de su fundamento de acusación.

Cristo cargó con la culpa humana y eliminó la deuda que servía de base para la condenación. Por eso, quienes están en Él pueden vivir con la seguridad de que la acusación del pecado ha sido cancelada mediante su sacrificio.

El desconocimiento de esta verdad puede hacer que una persona siga viviendo como si todavía estuviera bajo condenación. Por eso, conocer la Palabra de Dios es fundamental para comprender la libertad que Cristo ha conseguido.

Testimonio de liberación: Rompiendo ataduras familiares

Como ejemplo de la enseñanza sobre la liberación, se relata el caso de una mujer que, cuando tenía poco más de treinta años, comenzó a experimentar una grave crisis mental. Su comportamiento la llevaba a intentar escapar de su casa y deambular por carreteras y lugares públicos, incluidos bares.

La situación generó mucha preocupación en su entorno. Algunas personas consideraban que debía ser internada en una institución psiquiátrica por temor a que pudiera hacerse daño o realizar alguna acción peligrosa.

Sin embargo, su madre, que recientemente se había convertido al cristianismo, se negó a aceptar esa posibilidad. Decidió encerrarse en una habitación con su hija y orar por ella, ordenando en el nombre de Jesucristo que Satanás saliera y la dejara libre.

Según el testimonio, después de aquella intervención la mujer recuperó su salud mental.

Posteriormente, cuando ella también se convirtió al cristianismo, relató haber tenido una visión de Satanás montado sobre un caballo negro, con un rostro lleno de odio y venganza por haber abandonado la idolatría.

Ante aquella experiencia, decidió enfrentarse a esa figura y reprenderla en el nombre de Jesucristo, declarando que ya no le pertenecía. Después de pronunciar estas palabras, la figura desapareció.

Este testimonio se utiliza para destacar la importancia de permanecer firmes en la fe y resistir al adversario. La enseñanza bíblica afirma que, cuando una persona resiste al diablo, este huye.

El mensaje central es que Jesucristo ha redimido a quienes creen en Él y les ha dado una nueva identidad. La libertad no depende de la fuerza personal, sino de la obra realizada por Cristo.

Testimonio de liberación de la

escasez económica

Otro testimonio relata la experiencia de un hombre que asistió a una predicación en Sevilla y compartió la difícil situación que estaba atravesando. Sentía que todo le salía mal, tenía problemas laborales y no conseguía cubrir las necesidades básicas de su familia.

Su situación había llegado a un punto de profunda angustia y desesperación. Durante la enseñanza se identificó aquella situación como una influencia espiritual de pobreza que buscaba hundirlo y mantenerlo en la escasez.

Después de recibir oración, el hombre consiguió un buen empleo el lunes siguiente al domingo en que se había celebrado la predicación. Según el relato, a partir de entonces su situación comenzó a mejorar de manera constante.

Este testimonio se presenta como un ejemplo de la oposición que, según esta enseñanza, puede experimentar una persona al intentar recibir las bendiciones de Dios.

El mensaje que se transmite es que los creyentes necesitan conocer las promesas divinas y comprender que pueden acercarse al Señor con confianza. La provisión de Dios también debe llevarlos a vivir con generosidad, teniendo lo necesario para sus familias y pudiendo ayudar a otras personas.

Libre acceso a las promesas de Dios

Hebreos 10:19 enseña que, gracias a la sangre de Jesucristo, los creyentes tienen libertad para entrar en el lugar santísimo.

En el Antiguo Testamento, Abraham disfrutaba de una relación especial con Dios y era considerado su amigo. Por medio de Jesucristo, los creyentes también pueden acercarse a la presencia del Padre con confianza.

La sangre de Jesús abrió un camino nuevo y vivo a través del velo, identificado con su carne. Su sacrificio hizo posible que las personas tuvieran acceso a Dios sin depender de los antiguos sacrificios establecidos bajo la ley.

La Escritura también presenta a Jesucristo como el gran sacerdote sobre la casa de Dios. Por eso, los creyentes son llamados a acercarse con un corazón sincero, una fe plena y una conciencia purificada.

Este acercamiento debe realizarse con confianza y sinceridad, abandonando el engaño y la mentira. También es necesario mantener firme la esperanza, sin vacilar en las promesas de Dios.

El documento de deuda que condenaba al ser humano ha sido cancelado en la cruz. Por tanto, quienes están en Cristo pueden vivir confiando en la redención que Él ha conseguido.

La liberación de la maldición permite recibir la bendición de Dios y confiar en sus promesas sobre la vida, los hijos, las posesiones, las tierras y todo aquello que forma parte de la existencia cotidiana.

Requisitos para recibir y vivir en la bendición de Dios

La enseñanza presenta diferentes condiciones que deben acompañar la vida de quienes desean caminar en las promesas de Dios. Estas condiciones se comparan con las cláusulas de un contrato, porque muestran la importancia de asumir un compromiso verdadero con el Señor.

La primera condición es estar en Cristo Jesús. Esto implica recibirlo como Señor y Salvador, arrepentirse de los pecados, abandonar la idolatría y decidir caminar conforme al Espíritu en lugar de vivir dominados por los deseos de la carne.

También es necesario entrar en pacto con Dios y mantener una relación de compromiso con Él. La Santa Cena se presenta como una manera de renovar y recordar ese pacto establecido por medio de Jesucristo.

La segunda condición es ser justificado por la fe. Esto significa aceptar el regalo de Dios, recibir su perdón y entrar en una relación de reconciliación con Él. La justificación consiste en que Dios acredita al creyente la justicia de Cristo, de modo que recibe por gracia sus virtudes y deja de depender de sus propios méritos.

La tercera condición es recibir el Espíritu Santo mediante el oír con fe. La vida cristiana no consiste únicamente en realizar esfuerzos personales, sino en permitir que el Espíritu de Dios transforme el corazón y dirija los pasos del creyente.

La cuarta condición es perdonar a quienes nos han ofendido. La enseñanza recuerda que el perdón recibido de Dios debe reflejarse en nuestra capacidad para perdonar las deudas y las ofensas de los demás. No podemos vivir aferrados al resentimiento mientras esperamos experimentar plenamente la misericordia divina.

La quinta condición consiste en rechazar y renunciar a toda obra de Satanás. Esto implica resistir las influencias del mal, abandonar las prácticas contrarias a la voluntad de Dios y permanecer firmes en la autoridad de Jesucristo.

La sexta condición es presentarse ante Dios como un sacrificio vivo, santo y agradable, tal como enseña Romanos 12. Esta entrega significa consagrar toda la vida al Señor, incluyendo el cuerpo, los pensamientos y las acciones.

Presentar el cuerpo como sacrificio vivo implica cuidar aquello que consumimos, lo que observamos con nuestros ojos y lo que permitimos que ocupe nuestra mente. La vida del creyente debe reflejar una entrega auténtica a Dios.

El cuerpo no debe convertirse en un instrumento de violencia, maldad o destrucción, sino en un medio para manifestar el amor, la paz, el perdón y la misericordia de Jesucristo.

Oración de renuncia y liberación de maldiciones

La enseñanza concluye proponiendo una declaración de fe mediante la cual cada persona puede expresar su decisión de abandonar toda influencia contraria a Dios y recibir la libertad que Jesucristo ha conseguido.

Esta renuncia incluye rechazar cualquier vínculo con la idolatría, los pactos realizados por generaciones anteriores y las prácticas relacionadas con el ocultismo. También contempla abandonar cualquier temor, dependencia o compromiso espiritual que contradiga la fe en Jesucristo.

El miedo es presentado como un factor que puede hacer vulnerable a una persona. Por ejemplo, creer en las predicciones negativas de quienes leen las manos o realizan prácticas adivinatorias puede generar temor y condicionarla emocionalmente.

Frente a esa situación, la enseñanza anima a depositar la confianza en las promesas de Dios. Así como el temor puede dominar los pensamientos, la fe permite vivir confiando en la protección y el cuidado del Señor.

También se recuerda que quienes están en Cristo tienen la bendición de Abraham y no necesitan vivir dominados por las maldiciones pronunciadas por otras personas. La confianza debe estar puesta en la obra de Jesucristo y no en las amenazas humanas.

Para quienes aman a Dios, incluso las circunstancias difíciles pueden convertirse en oportunidades de aprendizaje y crecimiento. La enseñanza recuerda que todas las cosas ayudan

a bien a quienes aman al Señor y que los creyentes son más que vencedores por medio de Cristo.

La paciencia también forma parte de la vida de fe. Como ocurrió con Abraham, algunas promesas requieren esperar, pero esa espera no debe convertirse en una razón para abandonar la confianza en Dios.

Asimismo, se destaca el poder del nombre y de la sangre de Jesucristo, por medio de los cuales los creyentes encuentran seguridad para resistir al enemigo y rechazar toda influencia contraria a la voluntad divina.

La renuncia también incluye cualquier vínculo con prácticas de ocultismo, pactos idolátricos o promesas realizadas por los padres a otros dioses. La persona puede reconocer su historia familiar sin permanecer sometida a ella, porque su nueva identidad se encuentra en Jesucristo.

Honrar a los padres sigue siendo importante, pero esto no significa aceptar una dominación que impida a una persona adulta tomar decisiones responsables delante de Dios. La libertad en Cristo permite establecer una relación sana con la familia, sin vivir sometido al control o al temor.

La liberación no se obtiene por méritos personales, sino por la bondad y la obra redentora de Jesucristo. Por eso, la oración final comienza con el reconocimiento del pecado, la petición de perdón y la decisión de recibir a Jesús como Salvador.

Una oración de entrega y renuncia puede expresarse de la siguiente manera:

Señor Jesús, hoy reconozco mis pecados y te pido perdón por todas las veces que he vivido apartado de tu voluntad. Creo que moriste en la cruz por mí y que derramaste tu sangre para redimirme de la maldición del pecado.

Te recibo como mi Señor y Salvador. Me arrepiento de mis pecados y decido abandonar toda práctica de idolatría, ocultismo y cualquier obra que no sea agradable delante de ti.

Renuncio a toda influencia de Satanás sobre mi vida y mi familia. Rechazo y quebranto cualquier pacto, promesa o vínculo relacionado con la idolatría realizado por mis antepasados. También renuncio a cualquier relación con prácticas ocultistas y a todo aquello que me haya apartado de tu presencia.

Declaro que mi vida te pertenece, que he sido redimido por tu sangre y que ya no pertenezco al reino de las tinieblas. Recibo por la fe la bendición que viene por medio de Jesucristo y me reconozco como hijo de Dios y heredero de sus promesas.

Presento mi cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable delante de ti. Quiero que mis pensamientos, mis palabras y mis acciones sean instrumentos de amor, paz, perdón y misericordia.

En el nombre poderoso de Jesucristo. Amén.

Conclusión: En Cristo hemos pasado de la maldición a la bendición

La enseñanza central de Deuteronomio 28, Gálatas 3:13 y Colosenses 1:13-14 permite comprender la importancia de la obra redentora de Jesucristo. La ley mostraba las bendiciones relacionadas con la obediencia y las consecuencias de la desobediencia, pero también evidenciaba que el ser humano necesitaba un Salvador.

Jesucristo asumió la maldición que correspondía a la humanidad, pagó el precio de nuestra redención y canceló el documento de deuda que nos condenaba. Su sacrificio abrió el camino para que pudiéramos reconciliarnos con Dios, recibir el

Espíritu Santo y participar de la bendición prometida a Abraham.

Por eso, el creyente no está llamado a vivir bajo el temor, la condenación o la esclavitud del pasado. Está llamado a conocer su identidad en Cristo, permanecer firme en la fe, abandonar toda práctica contraria a la voluntad de Dios y caminar conforme al Espíritu.

La bendición de Dios debe reflejarse en una vida de obediencia, confianza, amor, generosidad y consagración. Conocer las promesas de la Palabra permite comprender la herencia espiritual que tenemos y vivir con la seguridad de que Jesucristo ha abierto un camino nuevo hacia la presencia del Padre.

La invitación final es a recibir esa redención, permanecer en Cristo y vivir como hijos de Dios, confiando en su gracia y en las promesas que nos ha dado por medio de Jesucristo.